



### ACTO III

#### ESCENA PRIMERA

##### Campo cerca de Frogmore

Entran Sir HUGH EVANS y SIMPLE

EVANS

Os ruego me digáis, buen servidor del señor Slender, y amigo Simple por vuestro nombre, ¿de qué manera habéis buscado al señor Caius, que se da el título de «Doctor en medicina?»

SIMPLE.—En verdad, señor, le busqué en el distrito de la ciudad y en el del parque, en todas direcciones: en el antiguo camino de Windsor, y en todos los demás, excepto el de la ciudad.

EVANS.—Pues deseo con la mayor vehemencia, que busquéis también en ese camino.

SIMPLE.—Así lo haré.

EVANS.—¡Dios me asista! ¡Cuán lleno estoy de cólera y de incertidumbre! Me alegraré de que él me haya engañado. ¡Qué melancólico estoy! En la primera oportunidad le haré salir la cruz de los calzones por la copa del sombrero á ese bribón. ¡Dios me asista!

(Canta).

Junto al claro riachuelo,  
á cuya bella cascada  
canta el ave en la alborada  
madrigales desde el cielo.  
formaremos á la sombra,  
sobre el musgo y entre flores  
ricas de aroma y colores,  
un lecho de blanda alfombra.

¡Válgame Dios! ¡Y qué gana tengo de llorar!

Canta el ave melodiosa  
madrigales desde el cielo,  
un lecho me brinda el suelo  
de césped, clavel y rosa  
junto al claro riachuelo,  
etc., etc.

SIMPLE.—Señor Hugh, vedle que viene por allí abajo.

EVANS.—Bien venido.

Junto al claro riachuelo,  
á cuya bella cascada...

¡Que el cielo ayude al que tenga justicia! ¿Qué armas trae?

SIMPLE.—Ninguna, señor. Vienen mi amo el señor Slender y otro caballero de Frogmore, y se dirigen hacia aquí.

EVANS.—Bien. Dame mi toga; ó más bien, tenla en tu brazo.

(Entran Page, Pocolondo y Slender.)

POCOFONDO.—¿Qué tal, señor cura? Buenos días, buen señor Hugh. Quien quiera hacer una maravilla, que separe de los dados á un jugador y de su libro á un estudiante.

SLENDER.—¡Ah, dulce Ana Page!



PAGE.—Dios os guarde, buen señor Hugh.

EVANS.—El os bendiga á todos por su misericordia.

POCOFONDO.—¡Qué! ¿La espada y la palabra? ¿Estudiáis una y otra, señor cura?

PAGE.—¿Y todavía andáis en cuerpo, como un jovencito, en un día tan crudo y reumático?

EVANS.—Hay motivos y razones para ello.

PAGE.—Hemos venido á encontraros, señor cura, con ánimo de hacer una buena acción.

EVANS.—Muy bien. ¿Cuál es?

PAGE.—Allá hay un venerable caballero, que juzgándose ofendido por alguna persona, está en la más terrible lucha que se pueda ver con su propia gravedad y paciencia.

POCOFONDO.—Ochenta y pico de años he vivido, y nunca he visto á hombre de su posición, gravedad y saber, tan celoso de su propio respeto.

EVANS.—¿Quién es?

PAGE.—Pienso que le conocéis. Es el señor doctor Caius, el reputado médico francés.

EVANS.—¡Por Dios y todos los santos del cielo! ¡Preferiría hablar de un hervido de coles!

PAGE.—¿Por qué?

EVANS.—Porque no sabe jota de Hipócrates y Galeno. Y además es un bribón: tan cobarde bribón, como el que más de cuantos pudierais conocer.

PAGE.—Os aseguro que éste es quien se batiría con él.

SLENDER.—¡Oh dulce Ana Page!

POCOFONDO.—Así parece, por sus armas. Mantenedles separados: aquí viene el doctor Caius.

(Entran el posadero, Caius y Rugby.)

PAGE.—No, señor cura: no desnudéis vuestra arma.

POCOFONDO.—Ni tampoco vos, mi buen doctor.

POSADERO.—Desarmadles y dejad que discutan. Así conservarán ilesos sus miembros y no harán trizas sino nuestro idioma.

CAIUS.—Dejadme deciros una palabra al oído, si gustáis. ¿Por qué evitáis el encuentro conmigo?

EVANS.—Tened un poco de paciencia, os ruego. Ya vendrá el momento oportuno.

CAIUS.—¡Voto á san! ¡qué sois un cobarde, un perro, un mico!

EVANS.—Os suplico que no nos hagáis el hazme-



reir del buen humor de otras personas. Deseo vuestra amistad, y de un modo ú otro os dejaré satisfecho.

Os he de sacar á puntapiés la cruz del calzón por la cabeza, gran bellaco, para que no os burléis de citas y compromisos de honor.

CAIUS.—¡Al diablo! Jack Rugby, vos, hostelero de la Liga, ¿no le esperé para matarle? ¿No estuve en el sitio designado?

EVANS.—Tan cierto como que soy cristiano, éste es el sitio que se había señalado. Que lo diga el mismo hostelero de la Liga.

POSADERO.—¡Paz! ¡Paz, digo, entre Gales y la Ga-



lia! ¡entre galo y francés! ¡Paz entre el que cura el alma y el que cura el cuerpo!

CAIUS.—Sí, eso es muy bueno, excelente.

POSADERO.—Paz, digo. Decid si el posadero de la Liga no es un político sutil, si no es un Maquiavelo. ¿Perderé á mi médico? ¡No! El es quien me da las pociones y mociones. ¿Perderé á mi cura? ¿A mi sacerdote? ¿A mi amigo Hugh? No. El me da los proverbios y los *pater-noster*. Dame tu mano, hombre terreno, así. Dame la tuya, hombre místico, así. No sois más que niños en la astucia. Os he engañado á ambos, dirigiéndoos á diferentes lugares para que no pudierais encontraros. Vuestros corazones están llenos de vigor, vuestros cuerpos ilesos, y el desenlace debe ser una libación de vino jerez. ¡Ea! guárdense esas armas para empeño. Sígueme, hombre de paz. Seguidme, seguidme.

POCOFONDO.—Contad conmigo, huésped. Seguid, caballeros, seguid.

SLENDER.—¡Oh dulce Ana Page!

(Salen Pócofondo, Slender, Page y el posadero.)

CAIUS.—¡Ah! Ya caigo en cuenta. Nos ha hecho pasar por un par de tontos. ¡Ah! ¡ah!

EVANS.—Está muy bien. Se ha reído de nosotros. Deseo que vos y yo seamos amigos, y vamos concertando juntos el modo de vengarnos de este despreciable, sarnoso y tahir compañero, el posadero de la Liga.

CAIUS.—¡Voto á! Con todo mi corazón. Me prometió conducirme á donde Ana Page y también me ha engañado.

EVANS.—Bueno. He de romperle la crisma. Tened la bondad de venir conmigo. (Salen).

## ESCENA II

### Una calle de Windsor

Entran la señora PAGE y ROBIN

SRA. PAGE.—No; sigue adelante, galancito mío. Tú debías ir detrás y ahora vas á la cabeza. ¿Te gusta más hacer que te sigan mis ojos, ó seguir con los tuyos los talones de tu señor?

ROBIN.—A fe mía que prefiero ir delante como un hombre, que seguirle como un enano.

SRA. PAGE.—¡Oh! Eres un chico zalamero. Veo que pararás en cortesano. (Entra Ford).

FORD.—Me alegro de encontraros, señora Page. ¿A dónde vais?

SRA. PAGE.—Por cierto que á ver á vuestra esposa. ¿Está en casa?

FORD.—Sí, y tan ociosa, por falta de compañía, que no sé cómo no se le caen los cuartos. Se me figura que, si muriesen vuestros maridos, os casaríais las dos.

SRA. PAGE.—De seguro; con otros dos maridos.

FORD.—¿Dónde hubisteis este bonito gallo de campanario?

SRA. PAGE.—Por nada puedo acordarme del nombre del sujeto de quien lo tuvo mi esposo. Muchacho, ¿cómo se llama tu señor?

ROBIN.—El señor Juan Falstaff.

FORD.—¡El señor Juan Falstaff!

SRA. PAGE.—El mismo. Nunca puedo dar con su nombre. ¡Hay tanta intimidad entre mi buen hombre y él! ¿Es seguro que vuestra esposa está en casa?

FORD.—Seguro que está allí.

SRA. PAGE.—Con vuestro permiso. Estoy impaciente por verla.

(Salen la señora Page y Robin.)



FORD.—¿Tiene Page sesos? ¿Tiene ojos? ¿Tiene algo como entendimiento? Pues si los tiene, no hay duda de que están dormidos: no le sirven para nada. Por cierto que este muchacho llevará una carta veinte millas, con tanta facilidad como un cañón arroja una bala, punto en blanco, á doscientas cuarenta yardas. Page da rienda suelta á la inclinación de su esposa; da impulso y facilidades á su insensatez; y ahora va á donde mi mujer, y la acompaña el muchacho de servicio de Falstaff. Un ciego podrá ver al través de esto. ¡La acompaña el muchacho de Falstaff! ¡Bien urdidas están las intrigas! ¡Y nuestras mujeres se juntan para condenarse! Bueno. Me apoderaré de él; en seguida torturaré á mi esposa, arrancaré la máscara de falsa modestia de la hipócrita señora Page, exhibiré á Page como un Acteón voluntario; y á estos violentos procederés, todos mis vecinos dirán *amén*.

(Se oye el reloj dar horas.)

El reloj me da el aviso, y mi certeza me invita á hacer un registro. Allí encontraré á Falstaff; y seré más encomiado que ridiculizado por esto; porque tan seguro es que Falstaff está allí como que la tierra está bajo los pies. Iré.

(Entran Page, Pocofondo, Slender, el Posadero, sir Hugh Evans, Caius y Rugbi.)

POCOFONDO, PAGE, ETC.—Pláceme veros, señor Ford.

FORD.—Una buena reunión, á fe mía. Hay una buena mesa hoy en casa; y os ruego á todos que me acompañéis.

POCOFONDO.—Debo ofreceros mis excusas, señor Ford.

SLENDER.—Y yo igualmente, señor. Estamos comprometidos á comer donde la señorita Ana, y no le faltaría por ninguna suma de dinero que se pueda contar.

POCOFONDO.—Hemos disertado sobre unas bodas

entre Ana Page y mi primo Slender, y hoy debemos recibir la respuesta.

SLENDER.—Espero contar con vuestro favor, padre Page.

PAGE.—Tenéis mi buena voluntad, señor Slender. Estoy enteramente á favor vuestro; pero mi esposa, señor doctor, está no menos decidida por vos.

CAIUS.—Y ¡por vida de...! que la doncella está enamorada de mí; que así me lo ha dicho mi aya, la señora Aprisa.

POSADERO.—¿Y qué decís al joven señor Fentón? El baila, tiene el brillo de la juventud, escribe versos, habla alegremente, y tiene olor de Abril y Mayo. El ganará la partida; él ganará la partida. Eso está en la masa de la sangre. Ganará la partida.

PAGE.—No con mi consentimiento, os lo aseguro. No es un caballero apetecible. Era asociado y compinche del príncipe disoluto y de Poins. Pertenece á una región demasiado elevada, y tiene demasiado mundo. No. No será con mi caudal con lo que ha de echar un remiendo á su fortuna. Si ha de tomar á mi hija, la tomará á ella sola; pues la riqueza que poseo, será dirigida por mi voluntad; y mi voluntad no se dirige hacia ese lado.

FORD.—Os suplico lo más encarecidamente que algunos de vosotros vengáis á casa á comer conmigo; pues fuera de la mesa, habrá una buena diversión: os haré ver un monstruo. Vendréis, señor doctor; y también vos, señor Page; y vos, señor Hugh.

POCOFONDO.—Bien: quedad con Dios. Así tendremos más libertad para los asuntos matrimoniales en casa del señor Page.

(Salen Pocofondo y Slender.)

CAIUS.—Véte á casa, Rugbi. Ya iré yo.

(Sale Rugbi.)

POSADERO.—Adiós, amigos de mi alma. Me voy



donde mi honrado huésped el caballero Falstaff á beber con él un trago de vino de España.

(Sale el Posadero).

FORD (*aparte*).—Creo que primero beberé vino de pipa con él. Ya le haré bailar. ¿Queréis venir, buenos amigos?

TODOS.—Somos con vos, para ver el monstruo.  
(Salen).

### ESCENA III

#### Cuarto en casa de Ford

Entran la señora FORD y la señora PAGE

SRA. FORD.—¡Hola, Juan! ¡Hola, Roberto!

SRA. PAGE.—Pronto, pronto. Es en la canasta...

SRA. FORD.—Por vida mía. ¡Hola, Robin! ¿oyes?  
(Entran criados con una canasta.)

SRA. PAGE.—Venid, venid.

SRA. FORD.—Ponedla aquí.

SRA. PAGE.—Dad la orden á vuestras gentes. No tenemos tiempo que perder.

SRA. FORD.—Entended, como os tengo dicho, Juan y Roberto, que debéis estas listas aquí cerca, en la cervecería; y en el mismo instante en que yo os llame, venid, sin dilación ni tropiezo, y tomad esta canasta en vuestros hombros. Con ella iréis á toda prisa hacia los lavaderos de la ciénaga de Datchet, y la vaciaréis en la zanja cenagosa que está junto á la margen del Támesis.

SRA. PAGE.—¿Lo haréis así?

SRA. FORD.—Les he hecho el encargo una y otra vez. No son instrucciones lo que les falta. Idos, y acudid en el momento en que os llame.

(Salen los criados.)

SRA. PAGE.—Aquí viene el rapazuelo Robin.

(Entra Robin.)

SRA. FORD.—¿Qué tal, chiquitín mío? ¿Qué nuevas traes?

ROBIN.—Mi amo sir Juan, ha venido á la puerta falsa, señora, y solicita vuestra compañía.

SRA. PAGE.—Y tú, rapazuelo prestado, ¿no nos has hecho alguna mala partida?

ROBIN.—Puedo jurar que no. Mi señor no sabe que estáis aquí, y me ha amenazado con despedirme si os digo la menor palabra, pues jura que me pondría á la puerta.

SRA. PAGE.—Eres un buen muchacho, y tu sigilo te servirá de sastre; como que le deberás un vestido nuevo. Voy á esconderme.

SRA. FORD.—Hacedlo. Vé á decir á tu señor que estoy sola. Señora Page, no os olvidéis de la señal.  
(Sale Robin.)

SRA. PAGE.—Te lo garantizo. Si no desempeño mi papel, silbame.

(Sale la Sra. Page.)

SRA. FORD.—Pues á ello. Nos serviremos de esta pestilente humedad, de esta grosera calabaza, y le enseñaremos á distinguir las flores de los guijarros.  
(Entra Falstaff.)

FALSTAFF.—¿Te he alcanzado al fin, celeste joya mía? Pues ahora debería yo morir, ya que he vivido bastante tiempo para ver coronada mi ambición. ¡Oh! ¡Bendita hora!

SRA. FORD.—¡Oh simpático sir Juan!

FALSTAFF.—Señora Ford, no puedo lisonjear, no puedo charlar, señora Ford. Ahora mi deseo es pecaminoso: quisiera que estuviese muerto vuestro marido. En presencia del más encumbrado lord lo diría: te haría mi esposa.

SRA. FORD.—¡Yo, esposa vuestra, sir Juan! Sería una muy pobre esposa para vos.

FALSTAFF.—No la hay igual en toda la corte de Francia. Veo cómo tu mirada rivaliza con el brillo del diamante; tienes en las cejas el arco armonioso



que corresponde á un modelo veneciano ricamente adornado.

SRA. FORD.—Un modesto pañuelo es todo lo que puede venirles bien. Y aun eso, lo dudo.

FALSTAFF.—Es una traición lo que te haces hablando así. Harías en todo rigor una excelente dama de corte; y tu paso firme y elástico, daría á tu talle la más seductora oscilación bajo los semicírculos de la crinolina. Bien veo lo que serías si no te fuera adversa la fortuna; pero la naturaleza te ha favorecido, y esto no puedes ocultarlo.

SRA. FORD.—Creedme, no tengo tales atractivos.

FALSTAFF.—¿Pues por qué te he amado? Esto solo basta para convencerte de que hay en ti algo de extraordinario. Vamos, yo no puedo adular y decir que eres esto y aquello, como tantos de esos remilgados pisaverdes que se presentan como mujeres disfrazadas de hombre y perfumados de pies á cabeza. No, no puedo hacerlo, pero te amo, á ti, á ti sola, y lo mereces.

SRA. FORD.—Pero no me traicionéis. Mucho me temo que amáis á la Sra. Page.

FALSTAFF.—Tanto valdría que dijeras que me gusta ir á parar á la cárcel; cosa que me halaga tanto como el vapor de cal viva.

SRA. FORD.—Bueno. El cielo sabe cuánto os amo, y algún día os convenceréis de ello.

FALSTAFF.—No varíes de pensamiento, que yo mereceré tu amor.

SRA. FORD.—Nunca, debo decíroslo, si no variáis vos mismo; pues entonces no podría pensar del mismo modo.

ROBIN (*adentro*).—¡Señora Ford! ¡Señora Ford! La señora Page está á la puerta, toda sudando y jadeando y con la cara desfavorida, y dice que tiene que hablaros inmediatamente.

FALSTAFF.—Es necesario que no me vea. Me ocultaré aquí detrás de este tapiz.

SRA. FORD.—Hacedlo. Es una mujer muy chismosa.

(Falstaff se oculta.—Entran la señora Page y Robin.)

¿Qué ocurre? ¿Qué hay de nuevo?

SRA. PAGE.—¡Oh señora Ford! ¿Qué habéis hecho? ¡Estáis cubierta de afrenta, estáis arruinada, estáis perdida para siempre!

SRA. FORD.—Pero ¿qué acontece, buena señora Page?

SRA. PAGE.—¡Pues no es nada, señora Ford! Teniendo por marido á un hombre honrado, darle semejante motivo de sospecha!

SRA. FORD.—¿Qué motivo de sospecha?

SRA. PAGE.—¿Qué motivo de sospecha? ¡Vergüenza para vos! ¿Cómo he podido equivocarme sobre vos?

SRA. FORD.—Pero ¡por Dios! ¿de qué se trata?

SRA. PAGE.—Se trata, mujer, de que vuestro marido viene en este momento con todos los oficiales de Windsor, á sorprender á un caballero que dice está ahora aquí en su casa, de acuerdo con vos, para aprovechar deshonorosamente su ausencia. ¡Estáis perdida!

SRA. FORD (*aparte*).—Hablad más alto.—Espero que no es así.

SRA. PAGE.—Plegue á Dios que no sea así el que tengáis aquí á tal hombre; pero es indudable que vuestro esposo viene con la mitad de Windsor tras de él, para buscarle aquí. Me he adelantado á ellos por daros aviso. Si os encontráis inocente, me alegro en el alma; pero si ocultáis aquí algún amigo, hacedle salir al instante, al instante. No os atolondréis; apelad á toda vuestra lucidez, defended vuestra reputación ó despedíos para siempre de la buena vida que habíais disfrutado.

SRA. FORD.—¡Ay Dios mío! ¿Qué haré? Allí está un caballero, amiga querida; y no es tanto mi vergüenza lo que temo como el peligro que él corre. Daría